EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11092

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 25 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

TODO EN CRISIS

Crisis de la patria, gravísima, profunda, que achica el mapa geografico de la nacion y que amenaza reducirlo mas aun. Crisis grave y honda en la clase obrera que vé como disminuye el trabajo precisamente en esta época en que se requieren mayores recursos para hacer frente al problema de la vida. Crisis económica tremenda, profundísima, tan honda y tan grande que no se sabe como se podrá hacer frente á los cuantiosos gastos que las resultancias de la guerra han echado sobre el Tesoro nacional. Crisis del comercio que tiene que luchar de modo desventajoso contra la subida de los cambios y que se vé amenazado con la pérdida de mercados sobre los cuales ha ejercido hasta ahora el monopolio. Crisis de la industria, que se vé reducida en la produccion á medida que se reduce en el pais la existencia de numerario. Crisis en los valores públicos que suben ó bajan estimulados por noticias que inventa la mala fé de algunos especuladores para los cuales no hay conciencia ni patria sino metal amonedado. Crisis en todo, pero tan abrumadoras, tan tremendas y profundas, que á poco que se las considere en toda su magnitud, se saca la triste impresión de que se necesita un milagro para solucionarlas de un modo conveniente.

A todos esos motivos de crisis, que tanto nos preocupan, únese ahora la crisis política: una crisis que resulta de menor cuantía comparada con cualquiera de las que hemos dejado apuntadas.

Y, sin embargo, ha producido un alboroto y se tira á que sea motivo de un escándalo. Si no se logra el fin propuesto no será por falta de diligencia.

Estudiando el asunto que ha motivado la crisis, viénese en conocimiento de que el camino que seguimos no es el mas recto y seguro para llegar á la regeneracion que desean los políticos que han hecho declaraciones en los papeles públicos y que ansia el país aunque no se ha exhibido en parte alguna para declararlo.

Un periódico ha denunciado abusos de cierta autoridad, la cual se ha creido en el deber de dimitir su cargo para querellarse por calumnia. Esto es racional; pero no lo es que por esa causa dimita un ministro y es aun menos racional que porque el ministro deje la cartera se consideren obligados á dejar sus puestos varios gobernadores de provincia y algunos altos empleados.

Fijando un poco la atención en ese asunto surje la duda de si esos señores dimitentes sirven á la nacion ó sirven á una personalidad; si lo primero, no se comprende la causa de tales dimisiones; si lo segundo, se demuestra de un modo palpable que no se hace politica nacional, ni de partido, sino de grupo, pequeña y ramplona.

Si el dimitente fuera el ministro de la Gobernación, que al fin y al cabo imprime caracter á la política, y necesita para desarrollarla y defenderla rodearse de personas de su más absoluta confianza, estaría justificada la presentación de esas dimisiones; la desaparición del jefe implicaría la de sus delegados; pero ¡porque dimita el ministro de Fomento dimitir los gobernadores de provincia! ¿Qué relacion puede haber entre una y otras dimisiones?

No, no es ese el camino para llegar á la ansiada regeneración ni es es este el momento oportuno para encrespar con una crisis el mar de la política.

Cuando todo adolece de mal profundo y hay cosas importantes en entredicho, es preciso apartar la mirada de ciertas pequeñeces para dirigirla solo á lo grande, á lo que interesa á la nacion.

Y lo que á la nacion le interesa es salir pronto del atolladero én que esta metida.

Lo demás son menudencias de poca cuantía, que solo interesa á dos docenas de personas.

GLORIAS NACIONALES

Memorable batalla de Vallparadis.

25 de Octubre de 802.

Aún hoy, apesar de haber transcurrido buen número de siglos, revolviendo la tierra, encuéntrase en el barranco de Vallparadis indelebles huellas de la desigual y epopéyica batalla, sin ejemplo en los anales de la humana especie, que en él libraron tal día como hoy un puñado de cristianos, 300 hombres próximamente, y 24000 árabes, pertenecientes al ejército que tenia á sus órdenes el soberbio Tarik, el vencedor en cien combates, el enemigo más temible que en toda su vida tuvo el ambicioso Muza

Cuando Tarik pasó por segunda vez con sus vencedoras huestes el caudaloso Ebro, fué desafiado por los cristianos que habian convertido en baluarte inexpugnable del cristianismo el castillo de Egara.

Recogido el reto por Tarik, marchó en dirección al refugio de aquellos valerosos españoles, seguríslmo de obtener la victoria sobre los que se mofaban de él enviándole un reto sin precedente.

Aquéllos, al tener noticia de haber aceptado el caudillo musulmán el desafío salieron en número de 300 del fuerte y marcharon en su busca, empujados por la fé cristiana que les daba alientos y fortaleza.

El encuentro tuvo lugar en el barranco de Vallparadis, donde perdieron la vida cuantos españoles le pisaron; pero, segun los historiadores árabes, las huestes de Tarik pagaron á tan elevado precio la victoria, que su jefe quedó muy pesaroso de haber empeñado aquel combate; pues tuvo más de 3000 muertos en aquella triste jornada, recordada por él en distintas ocasiones durante los pocos años que le quedaron de vida.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

¿QUE ES FELICIDAD?

Cuestión muy debatida es esta: todas las escuelas filosóficas, todas las teorías sociales, todos los pensamientos políticos se proponen realizarla; y sin embargo, á pesar de tantos y tan poderosos esfuerzos, el hombre correrá siempre anhelante tras esa felicidad tan ansiada que más se aleja cuanto más se la busca. Pero bien; ¿qué es felicidad? ¿En qué consiste? ¿Dónde se encuentra? Los doctores del saber humano, nos dicen en tono sentencioso que, mientras haya hombres que sufran y piensen, y mientras haya misterios del alma y de la vida, que no puedan estudiarse claramente, la cuestión de la felicidad será la preocupación constante del linaje humano.

Sin querer invadir el árido y oscuro terreno de la ciencia, y guiándonos por un buen sentido práctico, creemos que la parte menos indudable de la felicidad, consiste en la paz del alma, teniendo presente que no es la paz á que nos referimos la oscura, ignorada y sola, que no representa más que la impotencia de vivir y sentir: esa es la paz de los sepulcros; puede obtenerla cualquiera, que habiendo nacido sin pasiones, sepa limitarse á vivir en el más completo aislamiento. La otra, consiste en la expansión armoniosa de todas las facultades de un ser viviente, sensible y pensador.

La felicidad es la satisfacción íntima, constante y profunda, que produce en el alma el ejercicio de una actividad provechosa; el dulcísimo goce de haber enjugado una lágrima, y el convencimiento de cumplir con nuestros deberes.

La felicidad no pertenece al mundo físico, como el placer, sino al mundo moral. La felicidad nace del alma; el placer puede sentirlo exclusivamente la materia.

No hay nada más terrible para el hombre, que la soledad; para la mujer, es casi la locura El sistema celular ha demostrado que, efectivamente, el aislamiento absoluto es superior á las fuerzas de la naturaleza humana: el alma más enérgica y valiente, se debilita y acobarda ante tan terrible castigo. No es posible, por lo tanto, como pretenden algunos filósofos, suponer que el ideal del sosiego y la dicha consiste en la soledad. Es un grave error, que se puede desvanecer sin más que alegar algunos hechos, tan elocuentes, que excusen toda otra prueba. El hombre tiene tendencia natural á agruparse en familia, en tribus, en pueblos, en ciudades, en naciones; á reunirse en sociedades; celebrar reuniones; trabar relaciones y amistades. Ciertamente que de estas relaciones y de estas amistades, nacen pasiones tan ruines como la envidia, el rencor y el recelo; pero no bastan estos inconvenientes para matar en el hombre el ardiente deseo de buscar y asociarse á sus semejantes, como no satisface cumplidamente su sed de felicidad, el estrechar entre el torbellino del mundo una mano amiga, oir una palabra simpática ni una frase cariñosa; necesita una intimidad más tranquila y constante; la soledad de su hogar, le abruma, siente en el fondo de su alma un frio intenso que no pueden templar nunca los placeres comprados, ni el sentimiento tranquilo de la amistad. Entonces piensa en elegir una compañera, que llene con su puro y santo cariño aquel hogar tan desierto y sombrío, que disipe con dulce sonrisa las sombras de su alma, y envuelva aquella estéril y solitaria existencia en el perfume de su amor.

Su vida se transforma, el trabajo se le hace facil, y todo ante sus ojos se reviste de una forma tan agradable y poética, porque el amor de la familia, lejos de ser prosáico, es, á nuestro humilde juicio, el sentimiento que armoniza más perfectamente con la poesía, porque la poesía no es solamente el recreo de la imaginación y el ornato de la mente, sino una parte de la vida para las almas nobles y elevadas.

En esa intimidad del matrimonio, tan monótono como parece á los ojos de los indiferentes, hay nudos tan fuertemente atados, que un rompimiento desgarra á veces de una manera irremediable el corazón del que sobrevive.

Luego, de todos los sentimientos humanos el amor conyugal es el que satis-

te dejo de ser austriaco, para ponerme de parte del rey don Felipe V?

—¿Qué recompensa? Una recompensa fabulosa; una recompensa infinitamente mayor que la que hubieras podido esperar del archiduque, aun despues de ser rey de España, y de ver que le habias coadyuvado de una manera eficaz con tus servicios; por la recompensa no vacilles: oro, hacienda, cuanto quieras: palabra de honor de caballero francés.

—Pues mirad, señor, bien la merezco; porque si no me encontrais, si no me dominais, si no me poneis de vuestra parte, el rey don Felipe V es hombre muerto dentro de tres dias.

—¡Calla! ¡calla! nos puede oir alguien: yo te aseguro que no te quejarás de lo escaso de la recompensa; tú no sabes hasta que punto te estimo yo, Cabezudo, ni puedes suponer, por mucho que ambicionas, lo que el gran Luis XIV hará contigo cuando yo te envie á Versalles con una carta en que diga al rey mi señor:—El que tendrá el honor de poner en las reales manos de vuestra majestad esta carta de su mas humilde vasallo, ha salvado la preciosa vida de vuestro nieto.—¡Oh! el magnífico Luis XIV será capaz de hacerte par de Francia, ó de influir con el Papa para que te haga arzobispo, ó carde-

á dos de una manera segura, y que siempre me quedarán un puñal, una espada y un corazon que por nada se aterra? Marcha, marcha delante, imbécil; llévame á un lugar donde yo pueda conocer el prodigio de hermosura de tu señora sin que ella se aperciba.

—El infierno os ha arrojado junto á mi esta noche.

—¿Qué quieres, pobre demonio? Si no hubieras hablado á oscuras y sin saber con quien hablabas, te hubieras escusado de todo esto: echa delante y nada intentes, porque estoy sobre aviso y puede acontecerte una negra aventura: cuida de ti, hijo mio, que no eres tan viejo que no puedas vivir algunos años: adelante y cumple bien, que te importa.

—Seguidme y asios á mi capa, que no se ve y pudiérais tropezar en los árboles: casi casi estoy por escurrirme y dejaros aqui al fresco.

—Si hubieras hecho eso, de seguro hubiera yo encontrado agujero por donde colarme en la casa, dijo Mr. de la Chaumiere, asiéndose á la capa de Lucas Cabezudo; pero me parece que te domesticas, bribon.

—Francamente, dijo deteniéndose Lucas Cabezudo: ¿qué recompensa puedo yo esperar si de repen-

Madrid no está muy seguro, es tarde, la noche oscura, de modo que no se vén los dedos de las manos, y así vamos mas seguros contra cualquier tropiezo: yo no llevaba mas armas que mi feble espada de córte: te agradezco estas otras, Cabezudo. ¡Hola! ¡Eh!

Apareció el mozo.

—¿Qué se debe?

—Dos ducados, señor, contestó el sirviente.

—Tomad, dijo Mr. de la Chaumiere, dándole dos pesos fuertes: guardaos lo que sobra.

—Muchas gracias, señor, contestó el mozo, haciendo una reverencia hasta los pies.

Y tomó el velon para alumbrar en la salida á Mr. de la Chaumiere, que se habia levantado.

Este hizo una seña á Lucas Cabezudo, que le siguió cabizbajo, dominado, llevado contra su voluntad, y como quien dice por las astas.

Salieron: las calles estaban solitarias y densamente oscuras.

VI

—Acortemos camino, dijo Mr. de la Chaumiere: por la calle de San Nicolás, por la Real de la Almudena, por el Pretil de los Consejos al barranco de Segovia, y de allí á Puerta de Moros: no pretendas